

res son unos distribuidores japoneses.

—Consejero delegado de Surcos, productor y realizador, ¿podrás perseverar en la literatura?

QUEVEDO.—Sigo con mis lecturas: Galdós, Larra... Larra me ha gustado siempre, pero ahora más que nunca; me siento cada vez más cerca de él, de sus angustias y sus problemas. Y sigo escribiendo. Apuro mi tiempo hasta lo imposible.

Nino Quevedo dirigirá para el cine, a partir de este mes, un «Goya» enormemente ambicioso, pero no hemos tocado este tema porque no le gusta la publicidad previa.

—No diré una palabra hasta que el film esté terminado.

■ EDUARDO G. RICO.

Hikmet, compromiso y nostalgia

Todos los críticos de poesía, al menos todos los críticos jóvenes, han saludado esta versión al castellano de una antología de Nazim Hikmet (Colección Visor, bajo la dirección de Jesús García Sánchez y José Batlló, Alberto Corazón Editor), con elogios nada frecuentes a pesar de la inclinación a la generosidad que caracteriza a la mayoría de los analistas literarios españoles, jóvenes o viejos. Queremos reconocer enseguida que esta actitud nos parece justa, aun cuando nos situemos en una perspectiva exigente y rigurosa. Tales elogios premian, además, el esfuerzo de los promotores de esta Colección —es sabido el riesgo que corre el que se decide a editar poesía en nuestro país en punto a su economía— tan excelentemente orientada y tan útil para la difusión de la obra de poetas todavía no conocidos por nuestro público, pero ya clásicos.

Se ha escrito erróneamente que esta es la primera antología de Nazim Hikmet vertida al castellano. Nada menos cierto. En el mundo de habla española ya se conocía la obra

de Hikmet a través de una edición argentina de cierta calidad. La verdad es, sin embargo, que esta edición apenas circuló en España hace ya más de dos lustros, y el hecho de no ser la primera nada disminuye, en consecuencia, el mérito de la versión de Soliman Salom para Visor. A Salom debemos también el estudio introductorio, realizado sobre un perfecto dominio de la poesía original del gran poeta turco.

Soliman Salom nos explica muy bien el significado de la obra de Hikmet con respecto a la renovación y el enriquecimiento del idioma turco. Este es, sin duda, uno de sus principales valores. Pero no hay que marginar de ningún modo su aportación en el orden del «compromiso», aunque Salom esté en lo cierto cuando asegura «que no fue primero un luchador y luego un gran poeta, sino que Hikmet fue, es y sigue siendo, más que nada, por encima de todo, un gran poeta, un poeta de talla universal». Hay que añadir a este indiscutible juicio que el «compromiso» tiene efectividad si se da la condición señalada por Salom, a la vez que la calidad —cuando existe calidad— se ve fecundada por el «compromiso» si este «compromiso» se vive entero y hasta el fondo. Si, por otra parte, llevamos el análisis de este caso hasta sus últimas consecuencias, llegaremos a la conclusión de que el hombre —con su poderosa y bien definida personalidad en relación con los problemas de su contorno— y la obra están tan fundidos, que no cabe hablar de «engagement» —por utilizar la palabra original de la noción— cuando se trata de dar una imagen de Hikmet: ha sido un gran poeta que supo expresarse enteramente a sí mismo.

Otra de las notas que caracterizan la poesía de Hikmet la constituye el acento nostálgico que informa sus mejores poemas, y que proviene de su apartamiento forzoso, de su ostracismo —cárcel o exilio—, desde donde piensa «en el mundo, en mi patria y en ti». Nazim Hikmet amó el mundo, «su tierra, su luz, su lucha y su pan»; en «Amo a mi patria» revela una

fuera poética capaz de superar todas las limitaciones.

«El sistema de ideas y puntos de vista que dan al arte de Nazim unidad, profundidad y realidad no son obra personal suya —escribe Salom—, sino que han sido tomados del pueblo». Constituyen una totalidad, y, por eso, en su obra, Nazim ha jugado hasta el final, se ha puesto entero en ella. Esta condición determinará que su poesía perdure, que no tarde en convertirse en un clásico. ■ E. G. R.

Un Moravia conocido

El Moravia de "Agostino" y "La desobediencia" no es nuevo para el lector español. Sin embargo, lanzarlo en una edición de bolsillo (Alianza Editorial) ha de contribuir a una mayor extensión de su conocimiento.

Alberto Moravia no intenta nunca desbordar los límites de la preceptiva académica del arte de narrar. Sus novelas están estructuradas a la manera tradicional, y estos dos relatos, recogidos en un solo volumen de Alianza y en traducción de Esther Benítez Eiroa, también. Podríamos decir que Moravia nunca se desmanda, no hay en él una sola prueba de desmesura, y, sin embargo, la audacia de sus planteamientos no tiene parangón en la literatura italiana del último cuarto de siglo. Algunas de sus novelas —pensamos sobre todo en "La romana"— han escandalizado bobamente a un público, en verdad poco habituado a la sinceridad, en el momento de su salida. Moravia es, no obstante, un moralista, con un gran dominio de la descripción psicológica y una incuestionable aptitud para la penetración en los conflictos del individuo con la sociedad. La reedición en castellano de estas dos obras maestras vuelve a recordarnos que la presencia novelística de Moravia no puede soslayarse si se aspira a comprender mejor lo que ha sido su tiempo, el tiempo de la guerra y de la posguerra. ■ E. G. R.

Hace treinta y cinco años, más o menos, bajar por la Coolsingel, desde el arrogante edificio del Ayuntamiento de la ciudad de Erasmo, debía bastar para que el visitante se hiciera una idea bastante exacta de las cualidades de todo tipo que adornan al pueblo holandés. Hoy, tras la concluzada labor de las Fuerzas Aéreas Aliadas y la no menos concluzada de las Fuerzas Capitalistas Conabuladas, la impresión que el visitante obtiene —si el visitante es español, cual es el caso presente— es la de hallarse en plena Feria del Campo, de Madrid. Triste destino para el centro comercial de una ciudad que, en su época dorada, podía presumir de tener el mayor puerto del mundo.

El objetivo

A la izquierda de la Coolsingel, cerrando una amplia plaza, se levanta el edificio De Doelen, que quiera decir algo así como El Objetivo o Los Fines. Es una construcción funcional, apacible y en absoluto desprovista de armonía (o harmonía). De Doelen ha sido el marco del Holland Festival, manifestación que acoge las más diversas expresiones artísticas y que organizan diversas entidades, de diverso signo también, presentes en la vida eminentemente mercantil e industrial de una ciudad que, pese a Erasmo, no goza de una auténtica tradición cultural.

El Holland Festival viene celebrándose desde hace algunos años. Pero en el presente los organizadores han tenido la peregrina idea de convocar a dos docenas largas de poetas de Europa y América para que leyeran al escogido y selecto público holandés lo más granado de sus composiciones. La idea ha tenido una acogida excelente en ese público, sobre todo teniendo en cuenta que la asistencia a cada una de las sesiones se condicionaba al pago previo de una entrada de cinco florines (noventa y tantas pesetas) y que sólo se tenía derecho a una limonada y algunos cacahuets pelados si se resistía hasta el final del acto, cuya duración media rebasaba las cuatro horas.

Las sesiones se desarrollaron entre el 17 y el 21 de junio, dando comienzo a las ocho y cuarto de la tarde para terminar pasada la medianoche, con el intervalo de una discreta pausa. Entre el público asistente (unas trescientas personas por sesión), bastantes jóvenes, pero no muchos estudiantes, para quienes De Doelen y el Rotterdamse Kunststichting, responsable de la organización de Poetry International Rotterdam, deben ser algo así como una bella mujer cuyos favores sólo se conceden a escogidos y distinguidos patricios a precio nada bajo.

El encuentro resultó no tener más objetivo que el de propiciar el contacto personal entre poetas de diversos países que, es de suponer, se enfrentan en cada uno de ellos con problemas particulares siempre difíciles de resolver. En cada una de las se-

ENCUENTRO
DE
POETAS
EN
ROTTERDAM

siones daban lectura a sus poemas seis o siete poetas. Pero, naturalmente, más interesante que las propias lecturas y más eficaz sin duda alguna eran los coloquios (completamente informales y en nada parecidos a los coloquios españoles insertos en nuestro estado general de contraste de pareceres) que tras las sesiones tenían lugar. No se trataba de preguntas dirigidas a un personaje o personajes en la obligación de contestarlas, sino de un entramado de conversaciones o discusiones más o menos interesantes y coherentes, cuya prolongación era indefinida.

Las sesiones estaban programadas en la Kleine Zaal (Pequeña Sala) de De Doelen. La Gran Sala se reservaba para otras manifestaciones del Holland Festival, que, presumiblemente, atraerían a un mayor contingente de público, tales como representaciones teatrales o conciertos. Pero en realidad los actos se desarrollaron en el vestíbulo y no en la sala propiamente dicha. Los asistentes, agotados los asientos ortodoxos, utilizaron los heterodoxos, tales como poyetes, alfombras o las pulidas baldosas del suelo. El conjunto, pese a los micrófonos, las cámaras de televisión y la decoración del joven artista alemán Ferdinand Kriwyt, en un estilo neo-pop, podía pasar por una repetición actualizada del Sermón de la Montaña, con el milagro de la multiplicación del pan y los peces (en este caso, el pan fueron los poetas, y los peces, entre los que algún gordo habría, el público).

Las sesiones

La primera sesión, aparte la impresionante presencia física de Carolyn Kizer, una poeta norteamericana con el rostro de Melina Mercouri y la seguridad y estatura que da a sus mejores hijos la primera nación del mundo, centinela de la civilización occidental tras la desgraciada caída de Hitler, nos brindó la actuación del grupo Bilanz, formado en la práctica por la pareja de suizos alemanes Vera Gantner y Werner Balmer. Dos hermosos jóvenes, cuya «mise en scène» es impecable, y que nos demostraron que el alemán puede sonar bien distinto a lo que uno creía tras zamparse los gritos de dos mil oficiales nazis en otras tantas películas bélicas americanas. El sueco Lars Gustafsson fue en esta primera sesión un digno representante de la generación crítica de los años cincuenta —de la generación crítica española, se entiende—.

Dos interesantes actuaciones en la segunda sesión. La del yugoslavo Vaco Popa (el presunto comunista más alto que he conocido en mi vida) y la del griego Vassilis Vassilikos, cuya intervención más lúcida tuvo lugar, sin embargo, en el acto de clausura del domingo día 21, a la que nos referiremos más tarde. La pareja de Bilanz (él, camisa negra entallada y pantalón vaquero igualmente negro; ella, traje largo oscuro, ocultando las espléndidas piernas que lucía cuando

actuaba como simple espectadora) repitió, con distinto repertorio, el éxito del día anterior.

El viernes los divos fueron ingleses. Un buen desquite tras el poco alroso papel que su selección nacional acaba de hacer en los Campeonatos Mundiales de Fútbol de México, aunque nos tememos que Heath y los suyos, dormidos en los laureles, instalados de nuevo en Itaca, no sepan sacarle todo el jugo que la cosa podría dar. Christopher Logue recitó en un inglés de la mejor escuela larguísimo poemas, escrupulosamente medidos, sin embargo (se terminaban un momento antes de que el primer asistente diera la primera muestra de aburrimiento, con lo que no sólo se ganaba aplausos de reconocimiento, sino también de agradecimiento). Quizá fuera Logue el único oficiante que supo darle solemnidad al encuentro. Una solemnidad profunda, radical, aunque se nos presentara con una chaqueta descolorida y deshiliada. Pero el laborioso trabajo capilar preciso para que su rala cabellera semejara la de un rugiente león merece nuestro más entusiasta aplauso, sea quien fuere el artífice. Sin duda, Logue es el Von Karajan de la poesía de protesta. Poesía de protesta que en Inglaterra, cómo no, se escribe con rima. Logue se aprovechó también de la incomparecencia de Tennessee Williams, que a última hora debió decidir que no valía la pena tan largo viaje, teniendo en cuenta lo difícil que iba a resultar ambientar en un país como Holanda alguno de sus melodramas sexuales. No se imagina uno, ciertamente, a una heroína del

inefable Tennessee circulando raudamente en bicicleta por las vías preestablecidas y dejando asomar el inicio de unas bragas inmaculadas bajo la rigurosa microfalda.

The Barrows Poets fue la otra actuación estelar de la noche. Se trata de un conjunto poético-musical que trabaja desde 1963 más o menos profesionalmente. Utilizan un humor muy inglés en la interpretación de melodías y poemas populares de su país, aderezados con cuñas de su propia cosecha. Como sucede a menudo con el humor inglés, sobre todo al no nacido en la pérdida Albión, que diría León Felipe, uno se queda a cuatro velas. Otras veces, sin embargo, el acierto es universal, como en sus parodias del himno nacional inglés o en la del orgasmo sentido flemáticamente. Su mejor poema, con todo, fue el vuelo del moscardón con que finalizaron su segunda actuación, en la noche del sábado.

La del viernes quedó completa con la actuación del francés Eugène Guillevic, que leyó una serie de poemas brevísimos, desbordantes de ironía y con un trasfondo de auténtica ternura, y la del español José Manuel Caballero Bonald, cuya riqueza conceptual y metafórica debió resultar lo bastante exótica en la traducción neerlandesa que leyó admirablemente Jan Roelands (quien, junto a Pier Tania, tuvo la nada leve misión de presentar a los poetas y leer las respectivas traducciones) como para que el público aplaudiera con un calor especial. Quizá,

también, recordando las últimas vacaciones pasadas en nuestro país.

Para la sesión del sábado estaba prevista la actuación de Edoardo Sanguineti, pero nuestro interés se vio defraudado. Sanguineti, al igual que Tennessee Williams, al igual que el nigeriano Wole Soyinka, al igual que el checoslovaco Miroslav Holub, no compareció. En el caso del italiano el pecado fue doble, ya que en la Gran Sala se representaba una adaptación suya del «Orlando Furioso». Antes de la repetición del éxito de The Barrows Poets, leyó sus versos Rühmkorf, en el limpio alemán del Oeste, en nada parecido al del Este en que leyó el viernes Gunter Kunert, que, al decir de los entendidos, ponía demasiado en evidencia el peso que sobre su obra dejaba sentir la prosa de Stalin, tan admirable en otros aspectos. Zbigniew Herbert leyó en polaco; Willy Roggeman, en un francés de Bruselas, y Ernst Jandl, en noruego. Por España participó en esta sesión el editor José Batlló, que leyó unos poemas tenues y sombríos, difícilmente premiables por la Comisión Promotora del Turismo Español.

A mano alzada

En el acto de clausura, casi todos los participantes volvieron a comparecer, aunque mucho más brevemente. Hay que hacer referencia a la alocución de Vassilis Vassilikos, conforme a lo prometido anteriormente. En un inglés cuyo acento hubiera envidiado Homero, Vassilikos nos pidió, con veracidad y emoción, un telegrama de solidaridad para con su colega y compatriota Yannis Ritsos, encarcelado en la Grecia de los coronales. El doctor Van der Staay, director de Poetry International Rotterdam, sometió a la aprobación de los presentes el texto del telegrama. La unanimidad fue total. El procedimiento, a mano alzada. Alguno se olvidó de encoger los dedos y le resultó un gesto que no hubiera disgustado del todo al coronel Patakos. Todos comprendimos, asimismo, que hubiera sido más eficaz enviar el telegrama al señor Servan-Schreiber, sobre todo después de su reciente elección. Pero había que guardar las formas.

Rayando el alba del lunes quedó definitivamente clausurado el encuentro. El Mosa, hecho un brazo de mar —y nunca mejor empleada la expresión—, se ondulaba por entre los mil y un canales que cercan, sangran o dan vida a Rotterdam. Por unos días, por unas horas, el buen poeta europeo, junto con el buen poeta americano, llegaron a una «entente cordiale» con el buen burgués de los Países Bajos. Un inconveniente más entre los muchos que acarrea la democracia inorgánica que practican los bárbaros del Norte. ■ MARTIN VILUMARA.



Batlló y Caballero Bonald, los participantes españoles.